

EL LABERINTO Y EL HILO

VEJAMENES Y DEMOCRACIA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hay una vergüenza nacional: las cárceles. En ellas se expresa, a través de la promiscuidad, la degeneración, el caos que entre sus rejas impera, el desgobierno y el inmovilismo de este régimen que advino al poder prometiendo todas las urgentes reformas y cuyo fin, ya próximo, sobrevendrá en el más pleno desprestigio. La democracia ha sido hasta hoy para el gobierno surgido en 1956, una máscara. Tras el alegre gesto convivencial se han ocultado las viejas lacras de la política criolla, y con ello, al mismo tiempo que ha ocurrido, en el terreno público, lo mismo que ocurrió siempre (abuso de la fuerza, servicio de los intereses oligárquicos e imperialistas, miseria popular creciente, desorganización y crisis), se ha ensombrecido la esperanza puesta hace cuatro años en el sistema democrático. A las inmundas celdas en donde la dignidad humana sufre el más abominable vejamen diario, han ido a parar precisamente, los estudiantes que el viernes protestaron, en uso del derecho de reunión, contra una ley que, en vez de ordenar, atiza los conflictos, enerva las odiosidades e impone el capricho desoyendo la voz general. Y ahí, en la mazmorra en la cual se hacinan el vagabundo y el raterillo, el delincuente avezado y el deshecho de la ciudad macrocefálica, los jóvenes que, con razón o no, piden un cambio de actitud en los gobernantes, es decir, que con el entusiasmo limpio que caracteriza a la edad sin dudas dan sus primeros pasos en la vida política, han sido arrojados para que sean víctimas de un atentado sin nombre. He ahí un método monstruoso de acallar al sector estudiantil, el más honesto de la oposición.

Al crimen —¿que otro nombre puede dársele al atropello aludido, cuya responsabilidad total recae en las autoridades?— sigue un juego que cabría llamar ridículo sino estuviera vinculado con una de las formas del horror: las evasivas oficiales, la formación de una comisión inadecuada, el desaprensivo ademán de indiferencia de quienes tienen que dar obligatoriamente cuenta ante la sociedad de su gestión pública. En vez de reaccionar como cumple a aquel que por culto y civilizado, piensa que hay armas vedadas aún en la más encarnizada lucha de ideas y partidos, el gobierno y sus aliados diluyen la denuncia en declaraciones tibias, maniobras dilatorias y hechos vagos. Para cualquier mente, es lógica la conjetura de que es una manera de reconocer que se obró adrede, que se premeditó el maltrato, que se busca amedrentar con la amenaza de emplear todos los instrumentos para silenciar el descontento nacional con respecto a la incapacidad del régimen, a su entrega a las fuerzas anti-populares, a su fracaso sin atenuantes.

Esto prueba que no basta la llamada democracia política, sino que hace falta una democracia moral, o sea, una democracia integral. Si suponemos que las autoridades que nos gobiernan surgieron de las urnas, hay ya suficientes pruebas de su paulatino divorcio con las necesidades vitales del país. Y la ausencia de este vínculo del régimen con el sentir de la mayoría se manifiesta no sólo en su conducta relativa a los esenciales problemas nacionales, sino en su decisión de no permitir que la opinión se emita en la plaza pública, para lo cual, por medio de ardides rabulescos, ha recortado el derecho de reunión. Cuando ese derecho es ejercido pese a los impedimentos legales y policíacos, se recurre al infame método que la opinión sensata del país rechaza ahora indignada: la entrega de los detenidos a las celdas en donde reinan la chaveta y la fuerza bruta y en donde, además, el hombre ha sido rebajado hasta el punto de carecer del menor escrúpulo ético. Ello evidencia que se quiere herir sin ningún reparo de conciencia a la oposición, que se procede como en las peores dictaduras, que el gobierno se siente solo y vacío. En realidad, se trata de todo eso, porque una democracia de sólo formas, se diferencia muy poco de cualquier clase de poder absoluto. Al pedir hoy sanción para los culpables de la agresión y la ofensa a los estudiantes que fueron presos el viernes, se exige, por ello, una modificación de la política actual en el sentido de que el gobierno asuma sus deberes con relación a los intereses del pueblo contra los intereses de castas, camarillas y banderías, dentro de una democracia que sea, al fin, real y efectiva, que no mantenga cárceles medievales ni las use para agraviar a los inocentes.